

VIII.

A *Instrucción*, ciencia y doctrina,
Término no puede dar
Quien es la palabra misma
De la increada verdad.
A quien divino Maestro
Los que le oyeren, dirán,
Y que en dos montañas dijo,
—Al universo enseñad.—
Por eso, cuando al Empíreo
Se remonta celestial,
Los hombres no tienen lengua
Para su doctrina ya;
Y bajan lenguas del cielo
Con que la puedan hablar. . . .
Por eso el saber, do arcano
Fue en la docta antigüedad,
Para un filósofo el mundo,
Para otro la humanidad,
Para el mundo y para el hombre
Es ciencia de Dios, de hoy más,
Que en medio se ven del cielo
Como la tierra lo está.
Las lumbreras de la fé
Giran por su inmensidad,
Como esos miles de estrellas
De rutilante brillar.
Y porque tanto esplendor
No ofusque al flaco mortal,
Y tenga su mente inquieta